

Democracias latinoamericanas

Mario Guillermo Guerrero¹

21 DE OCTUBRE DE 2023

Introducción

Desde hace un tiempo a la actualidad, los regímenes democráticos latinoamericanos se han caracterizado por mostrarse violentamente convulsionados; contar con actores políticos poco dispuestos a constituir espacios de diálogo que faciliten el establecimiento de políticas públicas nacidas a la luz de un consenso político multisectorial; y por exhibir serias dificultades a la hora de canalizar, por vías formalmente institucionalizadas, aquellas demandas sociales que surjan del seno de sus sociedades. En este contexto, el cual ha sido potenciado por los efectos económicos y sociales de la pandemia, algunos países de la región se han visto particularmente atravesados por crisis de representatividad y legitimidad lo suficientemente grandes como para socavar la estabilidad de sus democracias.

¿Cómo es que la región llegó a esta situación? ¿Qué factores intervinieron en ello? ¿Por qué los actores sociales, en especial los partidos políticos, encuentran más racionalmente atractivo el actuar por fuera, y no por dentro, de los canales democráticos? ¿De qué manera los partidos anti-sistema han sacado provecho de esta situación? Estas son sólo algunas de las preguntas que América Latina se está realizando en este momento. Si bien cada uno de los países de la región fue

¹ Doctorando en Ciencia Política en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Licenciado en Ciencia Política y Administración Pública por la Universidad Nacional de Cuyo (UNCUYO). Docente en la Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Contacto: mgg092@gmail.com

afectado por dinámicas político-sociales internas únicas y propias, lo cierto es que al observar Sudamérica como un todo podemos obtener algunas notas analíticas generales que permitan comprender con un poco más de claridad qué es lo que está aconteciendo con los regímenes políticos sudamericanos.

Legitimidad, eficacia, eficiencia y estabilidad del régimen

Primero que nada, vale introducir algunos conceptos. Partiendo de ideas desarrolladas por Lipset (1959) en su ya clásico trabajo *Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy*, Juan Linz (1991) propuso tres categorías a los fines de estudiar los procesos de quiebre de los regímenes políticos. Democráticos o no, a su criterio la estabilidad de los regímenes se explica por la interacción de tres capacidades: la legitimidad, la eficiencia y la eficacia de los mismos.

La eficacia refiere a la capacidad del régimen «para encontrar soluciones a problemas básicos con los que se enfrenta todo sistema político, [...] [las cuales] son percibidas más como satisfactorias que como insatisfactorias por los ciudadanos» (Linz, 1991,p.46). En este sentido, Linz se refiere por eficacia a la apreciación generalizada que tiene la sociedad sobre la capacidad del régimen en su totalidad para dar respuestas a las cuestiones socialmente problematizadas, y no al desempeño puntual de un gobierno en específico para un momento dado. A ello se vincula el concepto de eficiencia: esta refiere a la «capacidad [del régimen] para poner realmente en práctica las medidas políticas formuladas, con el resultado deseado» (Linz, 1991, p.49). Es decir, si bien pueden existir amplios consensos respecto a qué tipo de políticas públicas implementar, simultáneamente también puede acontecer que a la hora de ejecutarlas y realizarles el seguimiento pertinente, las sociedades se encuentren frente a la dificultad de no contar con los recursos (materiales, humanos,económicos, etc.) ni con el contexto adecuado para su implementación.

En conjunto, ambas capacidades terminan incidiendo sobre la legitimidad del régimen. Por legitimidad Linz entiende a la «creencia [que tiene la sociedad] de que a pesar de sus limitaciones y fallos, las instituciones políticas existentes son mejores que otras que pudieran haber sido establecidas, y que por tanto pueden exigir obediencia» (Linz, 1991, p.38). En este sentido, la legitimidad se refiere a la convicción que tiene una sociedad dada respecto a que el régimen político existente, para un país y momento histórico específico, es el mejor régimen político con el que se puede contar. Ahora bien, ¿cómo se aplica todo lo anterior a las democracias sudamericanas actuales? En primera instancia, si nosotros observamos cuál es la percepción de las sociedades de la región respecto a cómo es que ellas *dicen* que son las democracias de sus países, lo cierto es que podremos observar que no sólo han aumentado en el último tiempo la cantidad de personas que creen vivir en una *democracia con grandes problemas* sino también aquellas que creen *no vivir en una* o que *no entienden* lo que es una democracia (ver figura 1).

Esto último adquiere mayor relevancia si observamos cómo es que ha evolucionado en el último tiempo los niveles de apoyo a la democracia en la región, siendo que los valores evolucionan en la misma dirección que los ya enunciados (ver figura 2): aumentan levemente aquellos que afirman que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, pero aún más lo hacen aquellas personas que afirman que les da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático.

Ahora bien, y a pesar de que en la figura 2 se puede observar que los valores respecto a pensar que en determinadas circunstancias un gobierno autoritario puede ser preferible han caído en el último tiempo, lo cierto es que, en términos generales, las diversas sociedades sudamericanas, perciben que, de *complicarse las cosas*, no tendrían problemas de apoyar un gobierno no democrático si este *resuelve los problemas*. Esta situación se percibe aún más en aquellos países los cuales, actualmente, se encuentran atravesando fuertes procesos de inestabilidad política, tales como Perú o Ecuador.

Entonces, ¿a qué se debe todo esto? Desde la implosión de los sistemas de partidos en América Latina a fines de los 90', países tales como Perú, Ecuador o Bolivia han encontrado serias dificultades a la hora de establecer sistemas de partidos capaces de ordenar y/o simplificar la oferta electoral en contextos electorales disconformes; situación la cual (muchas veces) se ha visto magnificada por causa del accionar estratégico de los partidos frente a los incentivos generados por los sistemas electorales de cada país (Cavarozzi and Abal Medina, 2002). La desaparición o debilitamiento de los partidos nacionales tradicionales (tales como el APRA peruano, Acción Democrática o COPEI en Venezuela), la multiplicación de partidos políticos pequeños territorializados y electoralmente competitivos que se ordenan en torno a liderazgos dirigenciales específicos, y el surgimiento de partidos políticos anti-sistema disruptivos, han derivado en la proliferación de una oferta electoral conflictiva y poco dispuesta a construir consensos políticos amplios.

En consecuencia, la combinación de estos factores ha hecho que la gobernabilidad en países, tales como Perú, se viera seriamente afectada debido a que los presidentes que asumen el poder lo hacen con bajos niveles de representatividad (en 2021, Castillo y Fujimori lograron participar del ballottage para la presidencia con tan sólo el 18,92 % y el 13,41 % de los votos respectivamente). Los altos niveles de fragmentación partidaria obligan a los presidentes de turno a constituir coaliciones de gobierno, en extremo, atomizadas con las cuales es de gran dificultad realizar procesos de negociación que las consoliden. Claros ejemplos de lo que acontece cuando se rompen las coaliciones los representan, por un lado, el proceso de impeachment a la ex presidenta Dilma Rousseff en el año 2016 y, por el otro, la crisis presidencial peruana entre los años 2017 – 2023, en la cual se vieron envueltos seis presidentes.

Vale destacar que la polarización, en un contexto de alta fragmentación partidaria como el ya descrito, ha permitido ordenar coyuntural e ideológicamente la oferta electoral al costo de aumentar en los países la conflictividad político-social. En específico, las estrategias discursivas encabezadas por líderes presidenciales fuertes

han visto en la polarización centrífuga la forma de constituir en los extremos ideológicos el consenso político-electoral que no han sido capaces de (ni han pretendido) consolidar en el centro.

Ello se explica, en parte, por el hecho de que los grandes consensos nacionales de centro son asociados con acuerdos de élites entre los grandes partidos nacionales que se alternaban en el poder entre los años 60' - 90', los cuales derivaron en las crisis político-económica de comienzos del 2000. Estos consensos se mostraron, de manera continuada, incapaces de solucionar eficaz y eficientemente las diferentes cuestiones socialmente problematizadas de los países de la región, principalmente las cuestiones económicas. Los casos del Partido Liberal y Conservador en Colombia hacia fines de los 90'; el MNR en Bolivia; o el Perú en el contexto de surgimiento del fujimorismo en los '90 son ilustraciones de esto. Esto se puede observar claramente cuando analizamos cuánto es que las sociedades sudamericanas *confían* en actores o estructuras institucionales tales como el congreso, el poder judicial, el gobierno, o los partidos políticos (ver figuras 6, 5, 7, 9).

En este sentido, al desaparecer o mostrarse deslegitimados los grandes partidos nacionales como proyectos integradores, los nuevos líderes de coaliciones electorales (altamente fragmentadas, pero competitivas en fin) vieron en la construcción de una otredad conflictiva la clave para aglutinar a pequeños actores bajo una misma bandera político-electoral. Esta se manifestó y aglutinó en torno a, por ejemplo, entelequias discursivas tales como: neoliberalismo; venezualización de la política interna; etcétera.

La combinación de los factores anteriormente mencionados ha conducido al surgimiento de líderes y partidos anti-sistema que han hecho uso de una retórica anti-política y de fuerte deslegitimación del gobierno y régimen de turno que les permitió ganar grandes caudales de adeptos. Con diferencias respecto a matices y principios ideológicos, dentro de esta categoría podemos encontrar los casos de dirigentes políticos como Fujimori, Hugo Chávez, Evo Morales o Rafael Correa.

Por parte de estos actores, la principal amenaza que representan para el régimen refiere a que encuentran pocos o nulos reparos a desplegar las estrategias que sean necesarias a los fines de llegar al poder (por ejemplo, el intento de golpe de Estado liderado por Hugo Chávez en 1992); o, una vez alcanzado el gobierno por medio de las urnas, tornan autocrático el régimen a través de transformaciones en materia electoral, de partidos, estructura del Estado o régimen político en general.

Lo cierto es que el *boom de los commodities* generó un ciclo de bonanza y estabilidad política el cual, al desaparecer, en conjunto con el estiramiento de ciertas premisas institucionales de los regímenes políticos y al mantenerse inalterados varios de los elementos políticos estructurales ya mencionados, no hicieron otra cosa más que generar nuevos ciclos de inestabilidad en la región en donde se entiende a las democracias como ineficientes para resolver las cuestiones socialmente problematizadas (ver figura 10 y 11). En estos contextos, los *oficialismos* se vieron envueltos en serios problemas a los fines de garantizar su continuidad en el poder, al tiempo que nuevos actores emergentes fueron tomando la escena con discursos anti-casta que, lejos de generar niveles de apatía o despolitización, han aumentado el interés de la sociedad en la política (ver figura 12).

En resumidas cuentas, la interrelación de todos estos factores no ha hecho otra cosa más que afectar la estabilidad y rendimiento general de los regímenes democráticos en la región; estabilidad que, a su vez, también se ha visto erosionada por las estrategias políticas de partidos y líderes que han ocupado el poder en diversas oportunidades con la intención de perpetuar sus gobiernos en el tiempo.

Reflexiones finales

En una democracia, la relación conflicto-cooperación entre los actores políticos supone la resolución de diferencias dentro del marco constitucional establecido. En este sentido, los actores deben mantener el compromiso de seguir participando del

juego democrático incluso cuando pierdan una elección. No se puede pensar la democracia sin estos dos elementos. Con sus fortalezas y debilidades, la democracia sigue siendo el mejor régimen político con el que contamos como sociedades a los fines de dirimir nuestras cuestiones socialmente problematizadas y así evitar el derramamiento de sangre que toda disputa violenta trae aparejada. La construcción de consenso a través del diálogo es la clave central del funcionamiento de las democracias, siendo que carecen de representatividad aquellas voces que asumen para sí de manera hegemónica la voz de entelequias populares que nada tienen que ver con la pluralidad de intereses que componen a nuestras sociedades. Los regímenes democráticos no se debilitan de un momento para otro ni por una única causa, sino más bien como un resultado de dinámicas de corto y mediano plazo que se van interrelacionando a lo largo de un período de tiempo prolongado. En consecuencia, el fortalecimiento de las democracias regionales depende de la capacidad que tengamos como sociedades de apostar por la resolución de nuestros conflictos por medio de la construcción de grandes consensos colectivos que tengan en consideración la pluralidad de voces que nos atraviesan como sociedades.

Referencias bibliográficas

Cavarozzi, M. and Abal Medina, J. M. (2002). *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Homo Sapiens Ediciones y Konrad Adenauer Stiftung, Rosario.

Latinobarómetro (2023). *Latinobarómetro, website*.

<https://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>.

Linz, J. (1991). *La quiebra de las democracias*. Alianza Editorial, Buenos Aires.

Lipset, S. (1959). Some social requisites of democracy: Economic development and political legitimacy. *The American Political Science Review*, 53(1):69–105

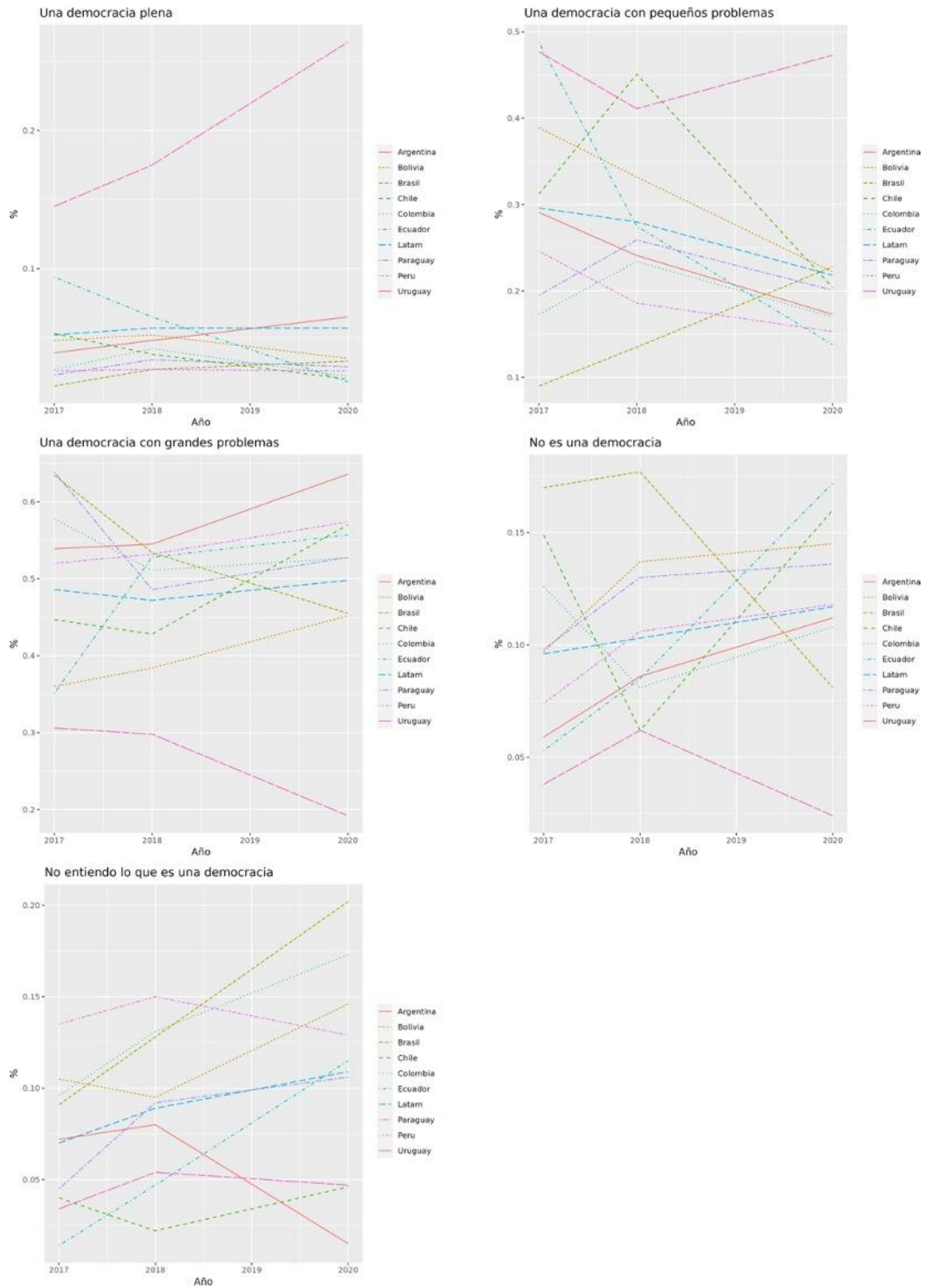


Figura 1: ¿Cómo diría Ud. que es la democracia en su país?. Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

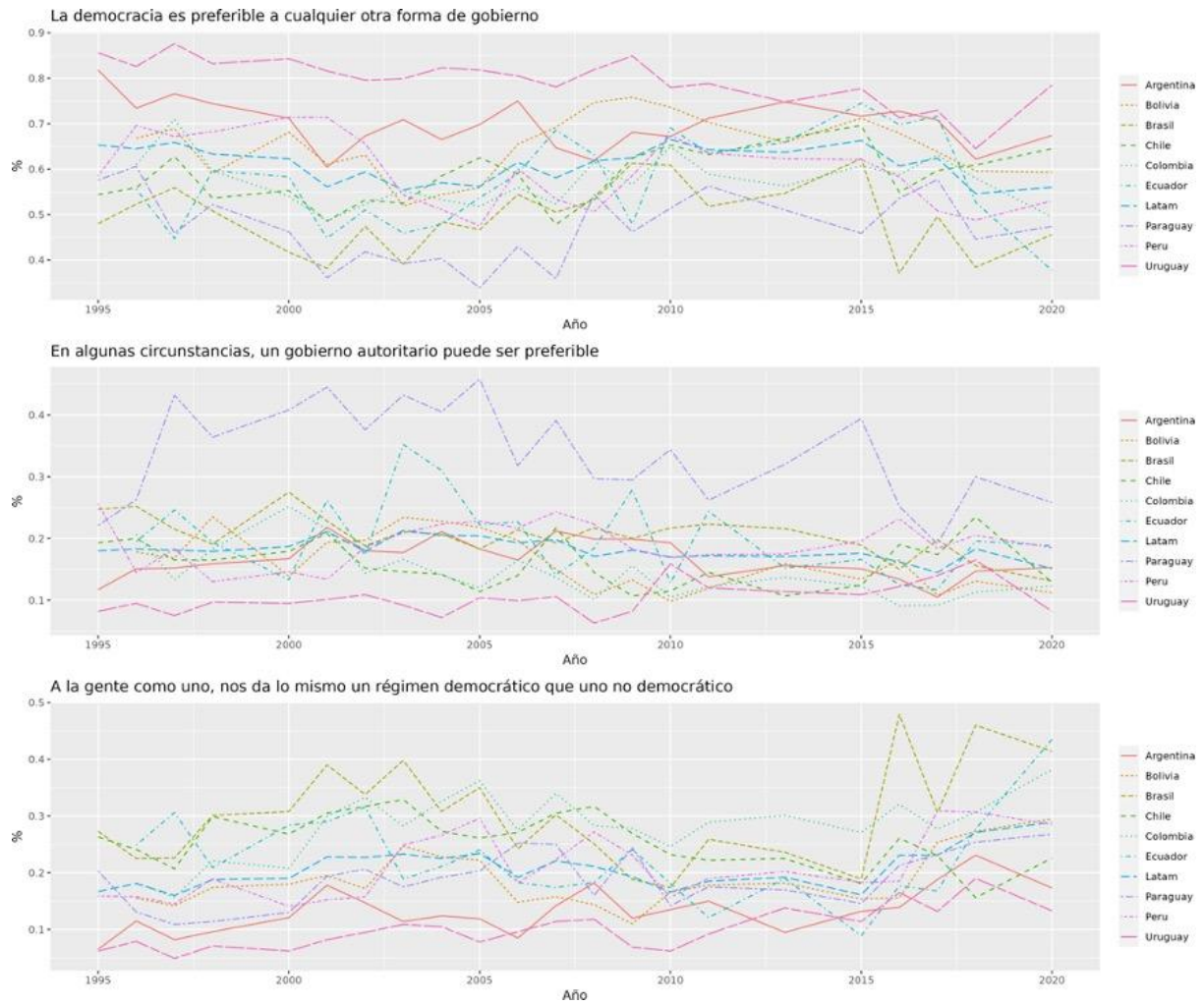


Figura 2: Apoyo a la democracia. ¿Con cuál de las siguientes frases está Ud. más de acuerdo?
Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

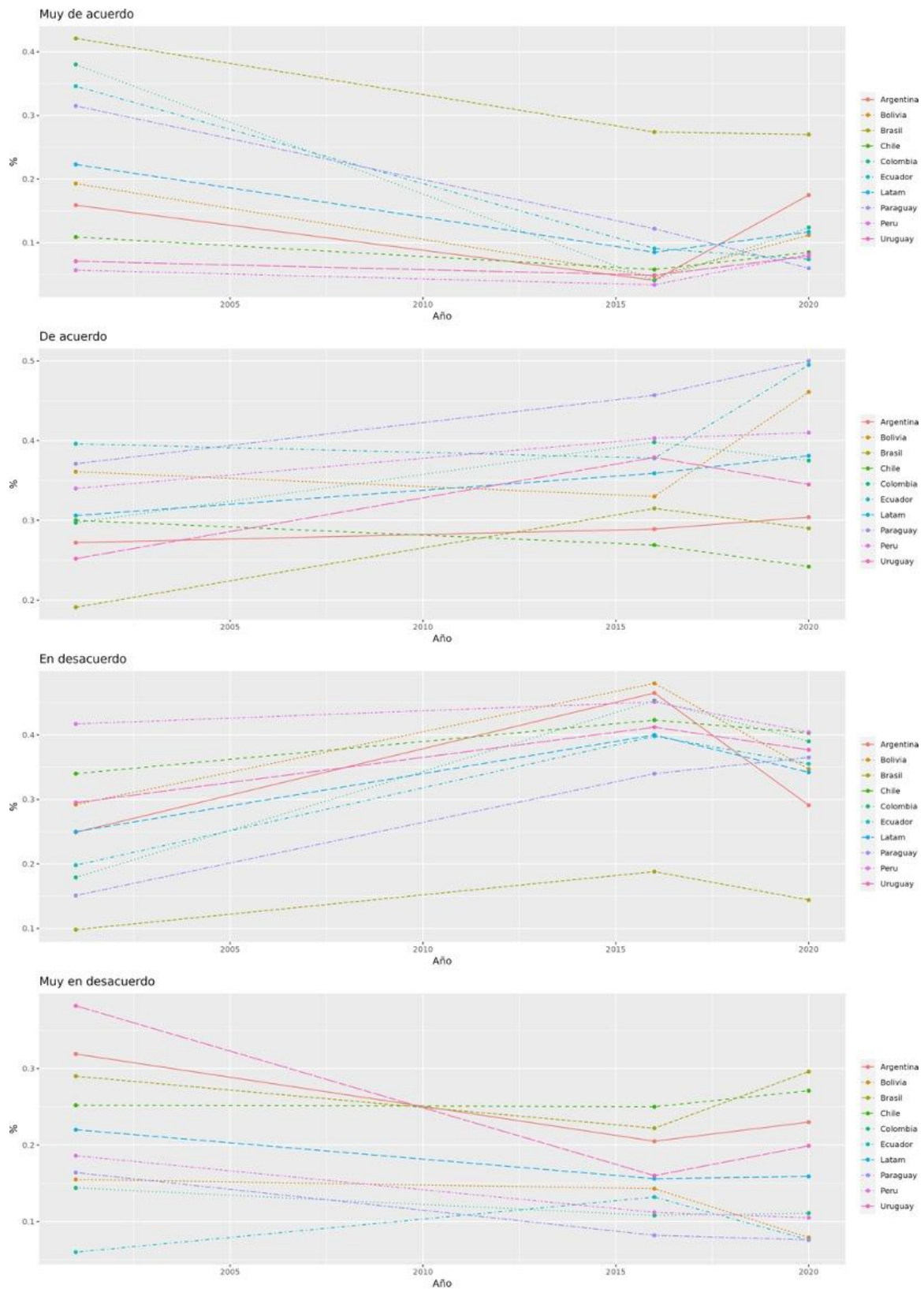


Figura 3: No me importaría que un gobierno no democrático llegara al poder si resuelve los problemas Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

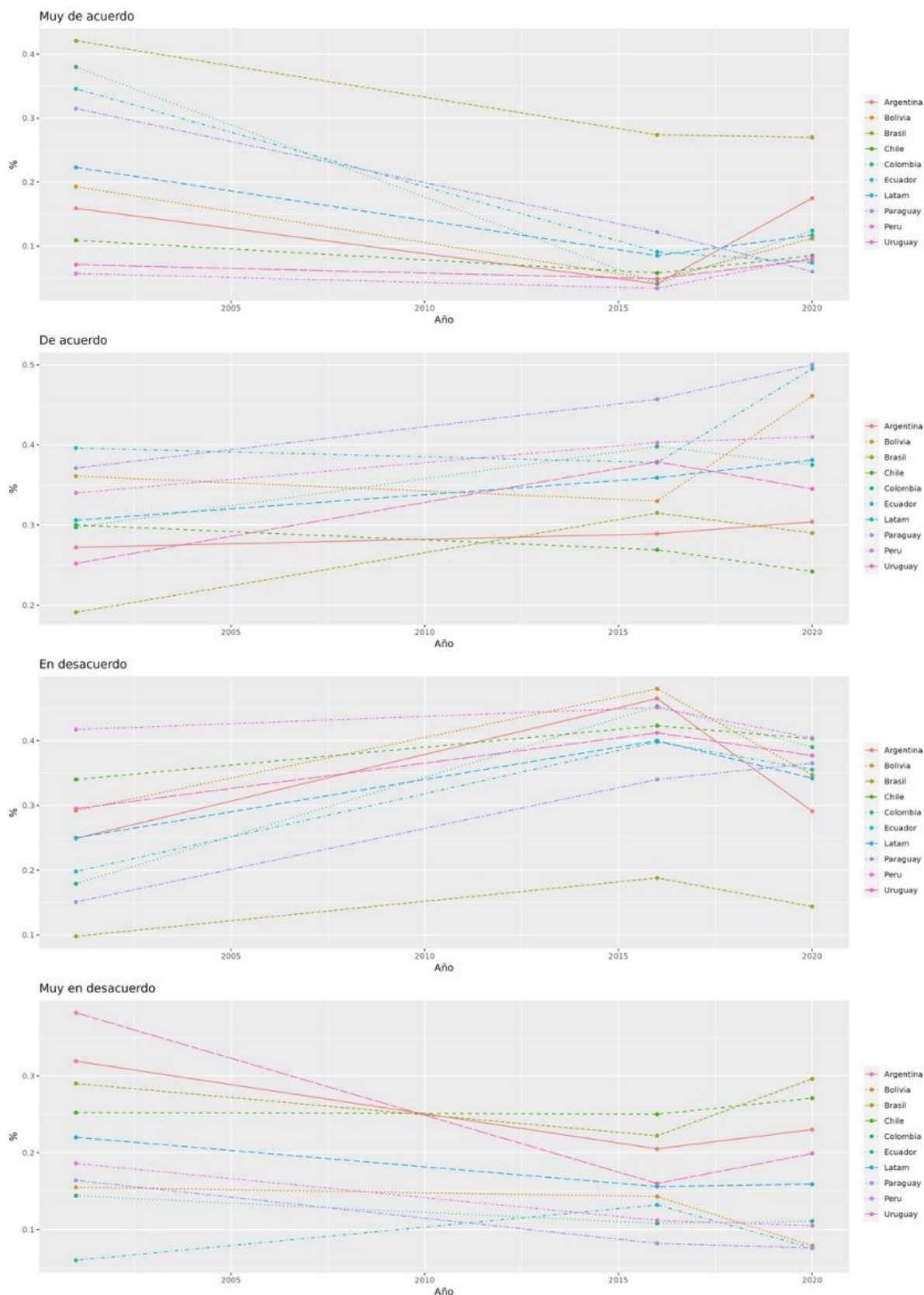


Figura 4: ¿Apoyaría Ud a un gobierno militar en reemplazo del gobierno democrático si las cosas se ponen muy difíciles, o no apoyaría Ud en ninguna circunstancia un gobierno militar? Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

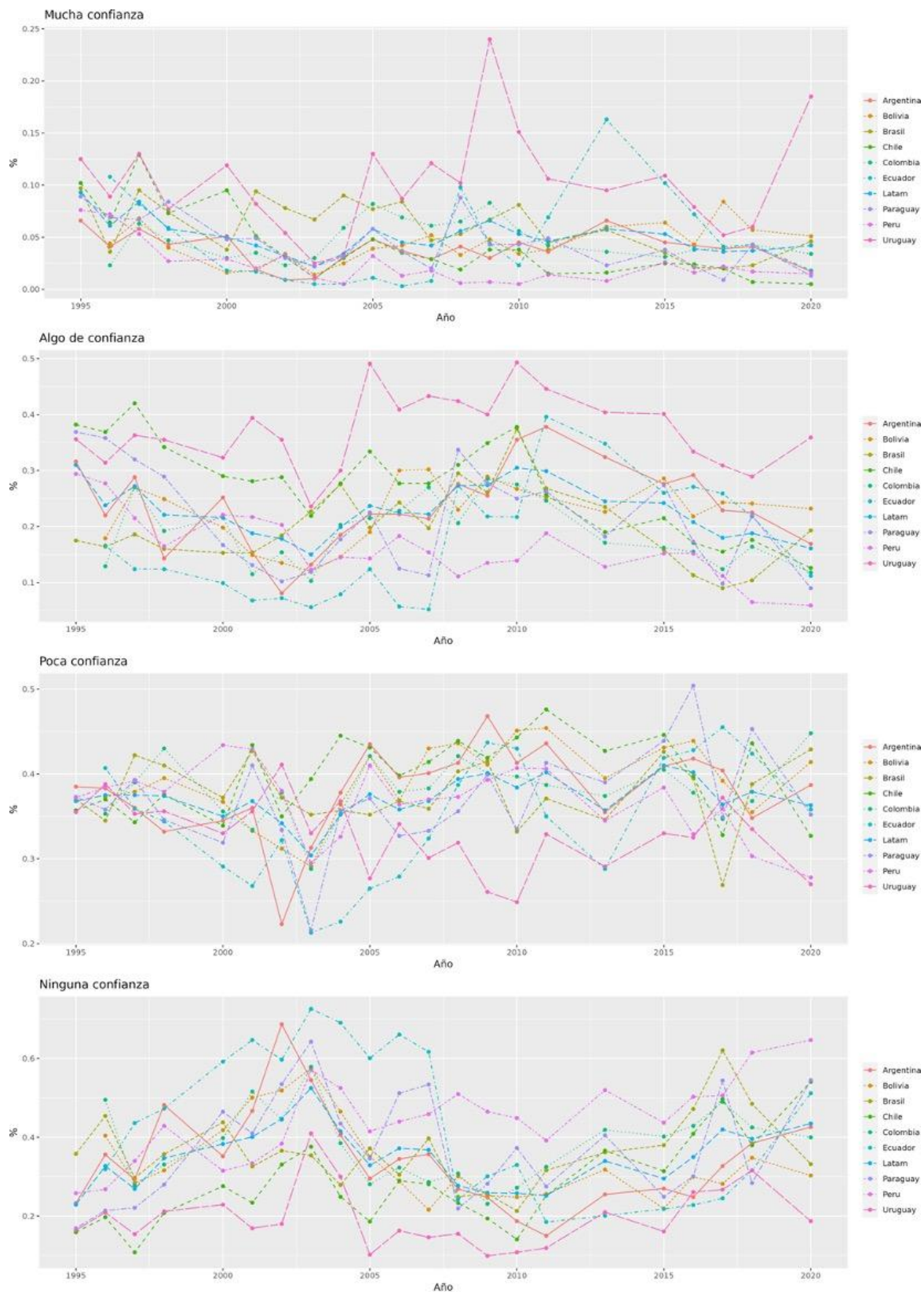


Figura 5: Confianza en Congreso Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

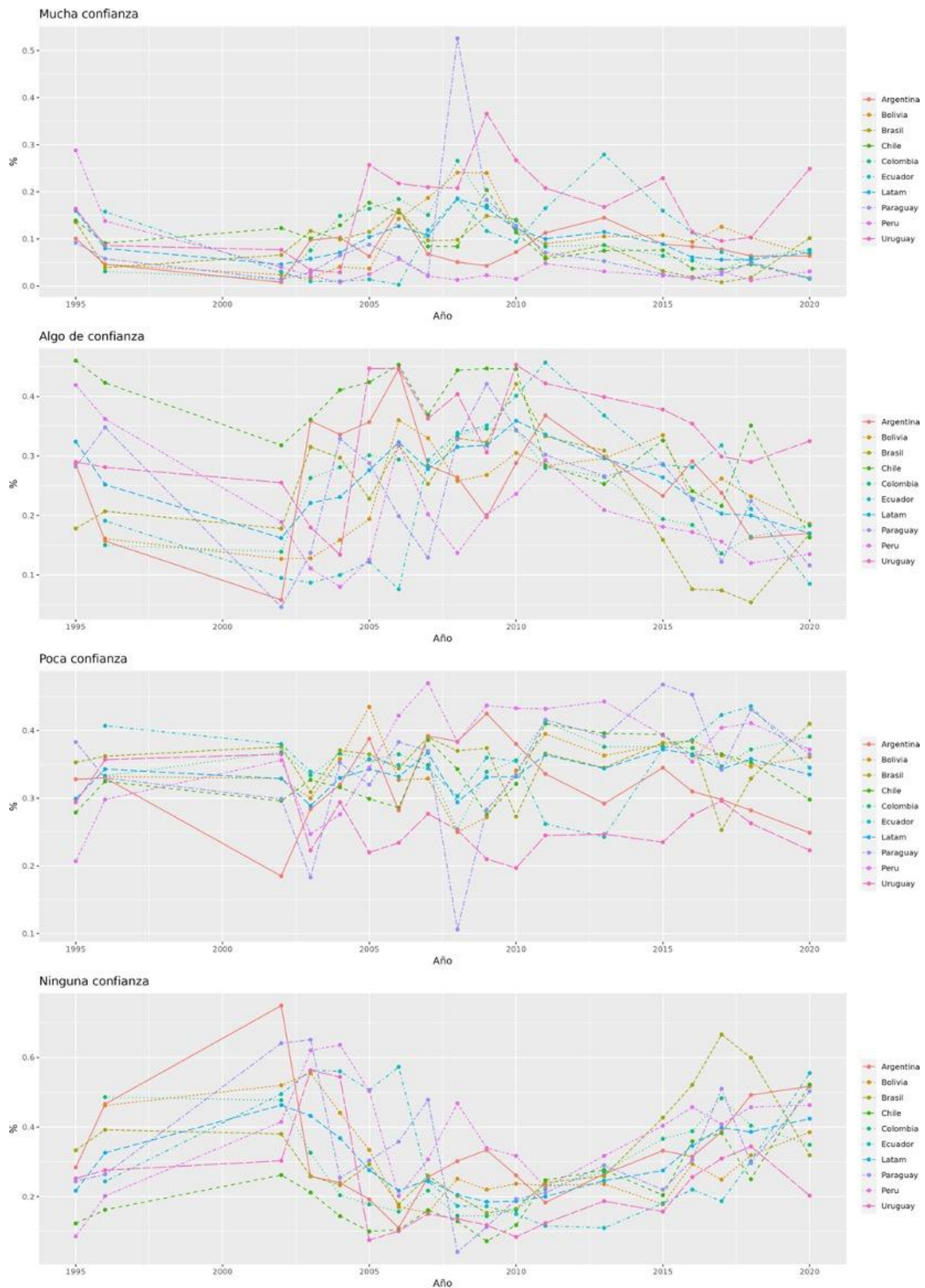


Figura 6: Confianza en Gobierno
Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

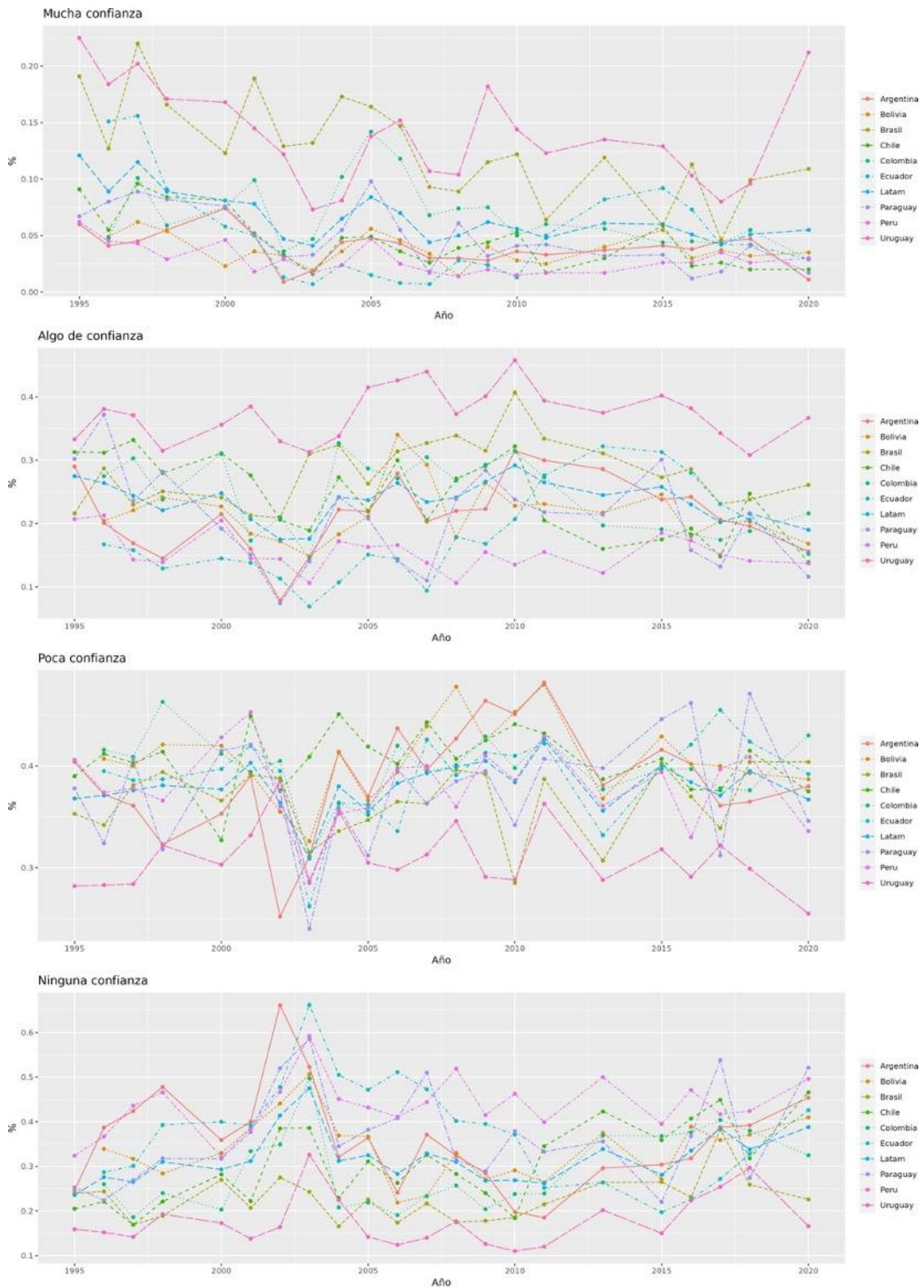


Figura 8: Confianza en los Partidos Políticos
Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

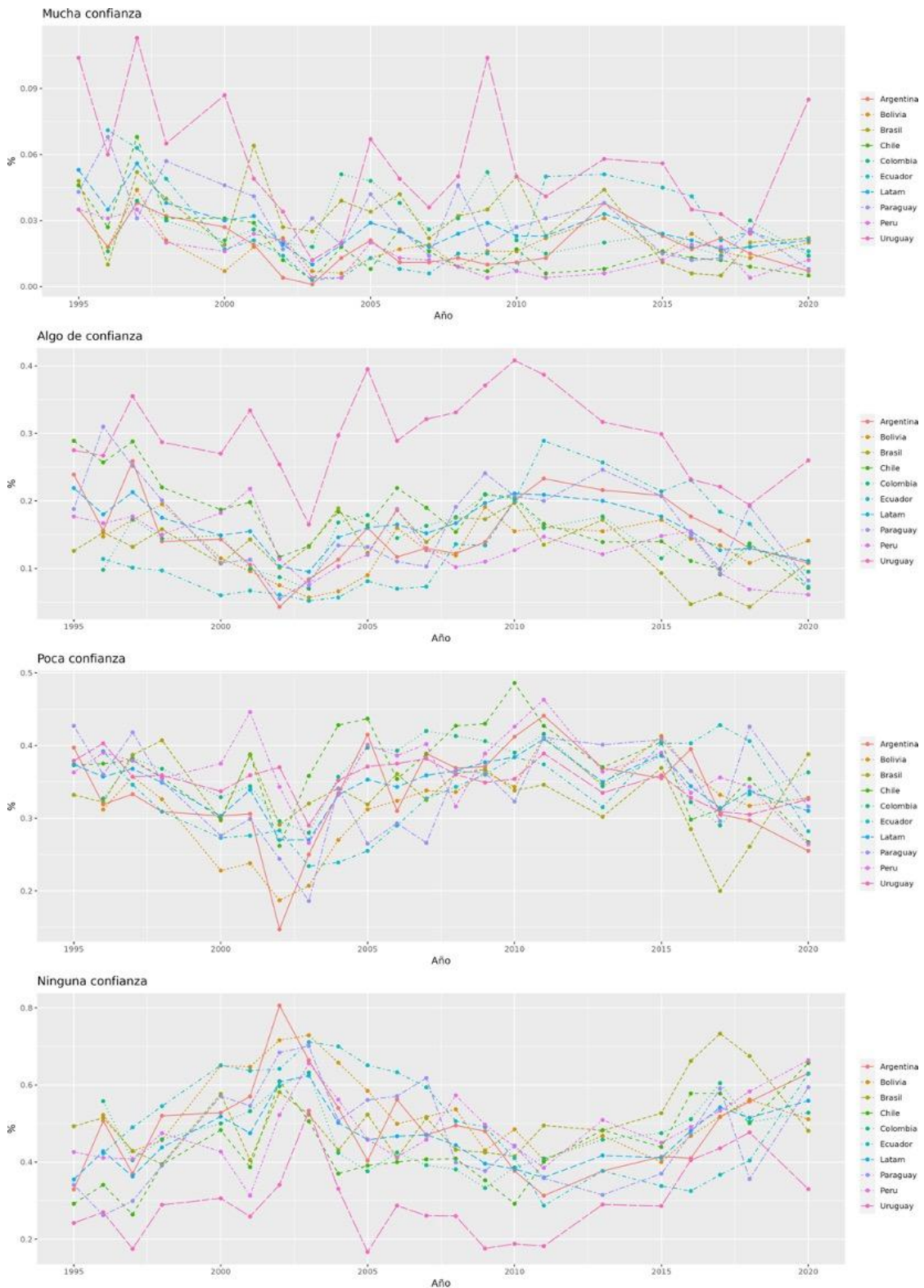


Figura 9: Confianza en los Partidos Políticos
Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

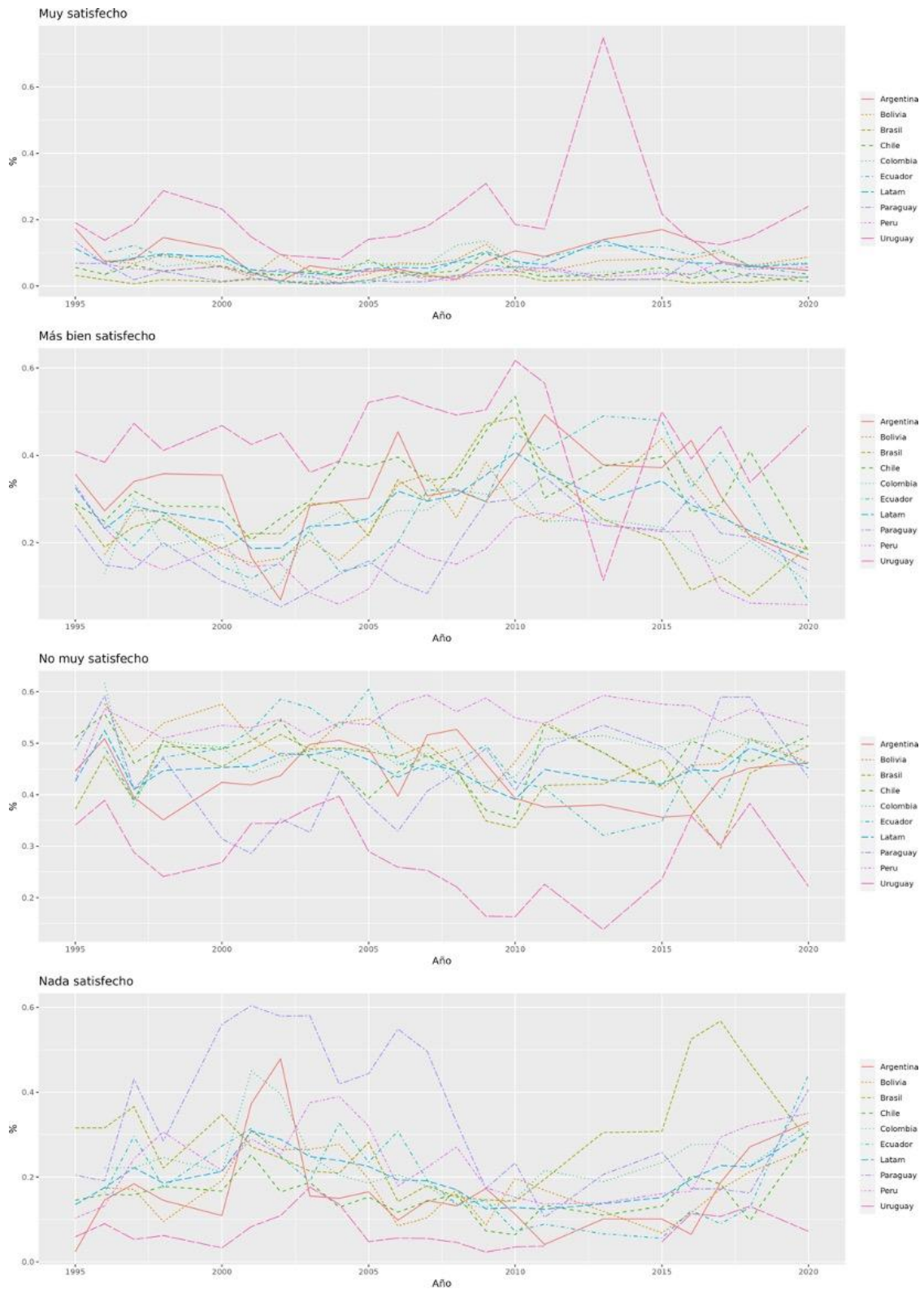


Figura 10: En general, ¿Diría Ud que está muy satisfecho, más bien satisfecho, no muy satisfecho o nada satisfecho con el funcionamiento de la democracia en PAÍS?
Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

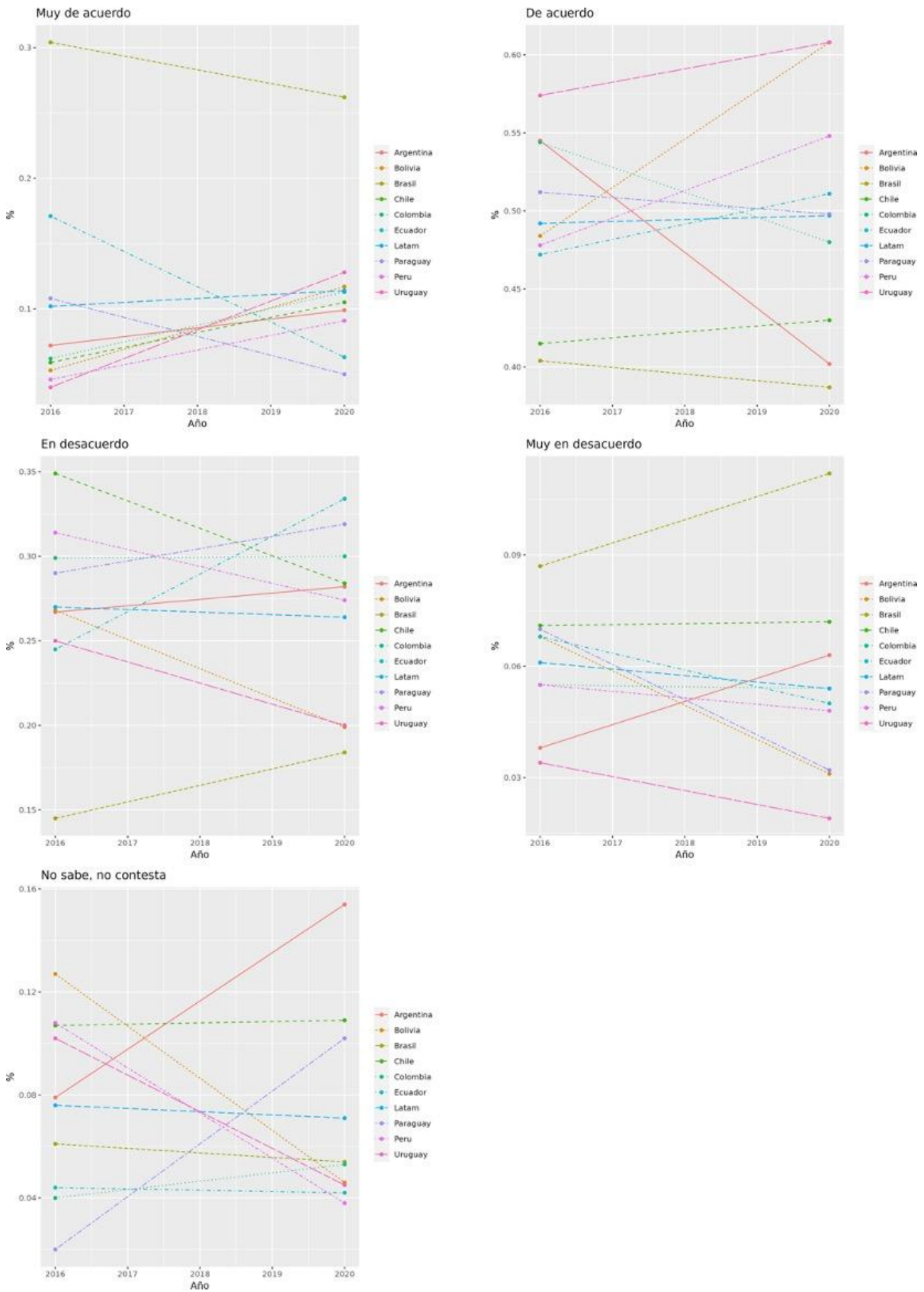


Figura 11: La democracia permite que se solucionen los problemas que tenemos
Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)

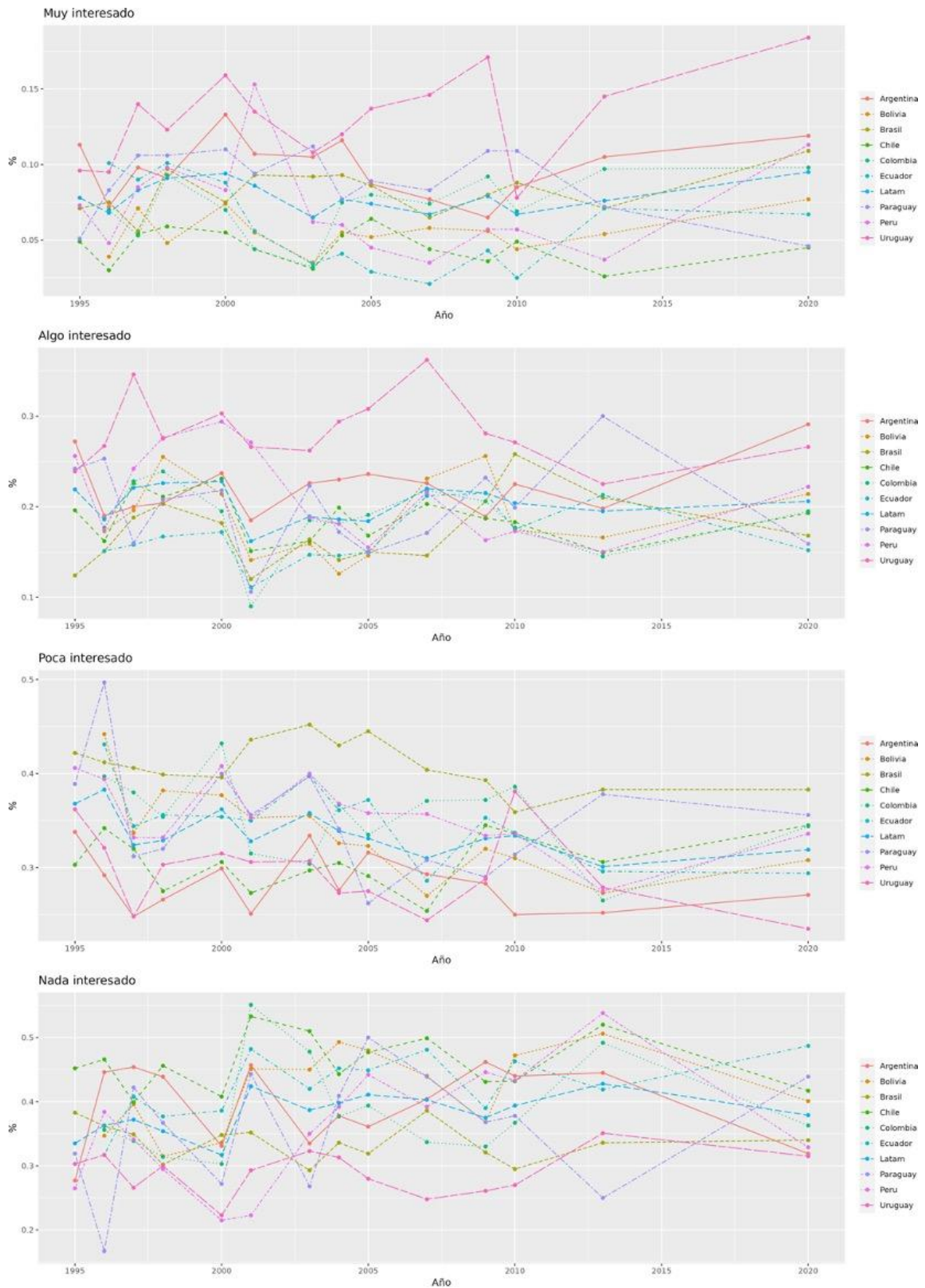


Figura 12: ¿Cuán interesado está Ud. en la política?
Fuente: elaboración propia en base a [Latinobarómetro \(2023\)](#)